

LA GUERRA DE LAS DOS BELGICAS



La guerra de los idiomas —los flamencos que hablan el propio y los walones que hablan francés— es mucho más grave que un simple episodio folklórico. Antagonismos no resueltos han envenenado el clima belga.

EN Bélgica se están jugando estos días muchas cosas importantes. La crisis gubernamental sobrepasa el simple problema de dosificación gubernamental de partidos; las huelgas de dos cabezas —médicos, a la derecha; mineros, a la izquierda— van más allá de simples conflictos sociales. La guerra de los idiomas —los flamencos, que hablan un idioma propio; los walones, que hablan francés— es mucho más grave que un simple episodio folklórico. Largos antagonismos mal resueltos se han ido envenenando cada vez más: lo que se juega hoy en Bélgica es la corona; y aún más que la corona, la propia existencia del país como unidad. No deja de ser paradójico que Bélgica, el país que dio en primer lugar el ejemplo de la necesaria integración europea con la creación del Benelux —una cierta fusión económica entre Bélgica, Holanda y Luxemburgo acordada en 1947, y fortalecida por un pacto de La Haya en 1958, que entró en vigor a fines de 1960, por el que se establecía el libre tránsito de capitales, trabajo, bienes, servicios y tráfico entre los tres países—; que incrementó esa vocación europeísta al convertirse en sede del Mercado Común, sea en cambio incapaz de resolver su propia unidad interna y esté a punto de estallar en dos zonas —no está excluido el riesgo de una guerra civil— lo que ocasionaría, si ocurriera, una serie de catástrofes administrativas en cadena que abarcaría la ya difícil, precaria, unión de la Europa de los Seis.

La amenaza a la corona es antigua. La segunda guerra mundial debilitó el prestigio de la monarquía belga. Leopoldo III firmó con los alemanes la capitulación del Ejército belga. Probablemente no tenía

otro recurso, o creyó que hacía un bien a su país; pero esta acción y el internamiento a que le sometieron los alemanes hicieron que su figura resultase discutida (1). Para que regresase al trono —ocupado provisionalmente por su hermano Carlos— fue preciso un plebiscito, y ese plebiscito le fue favorable, pero de una forma tan débil —57 por ciento de los sufragios— que al propio Leopoldo le pareció por lo menos apresurado volver a ocupar el trono. Fueron necesarias unas elecciones generales y una reunión del Parlamento para restaurar a Leopoldo III, y aun así los votos parlamentarios favorables al Rey fueron solamente 198, mientras 189 diputados contrarios abandonaban la sala. En estas condiciones volvió a reinar Leopoldo, tras seis años de exilio; y tan precaria era su situación que tras unos disturbios muy semejantes a los de ahora anunció que abdicaría en su hijo Balduino cuando éste cumpliera la mayoría de edad, lo cual ocurrió efectivamente en julio de 1951. En todos estos penosos debates pocas veces se discutió el valor de la monarquía como sistema, sino el de Leopoldo como Rey de los belgas. Un Rey gobierna revestido de poderes que se pretenden sacros, destinales. Un Rey sometido al exilio por su propio pueblo, con un pasado político dudoso, humillado varias veces, hasta con su matrimonio —morganático— discutido en la vía pública, pierde su carácter mí-

(1) El tema de la capitulación del Ejército belga y la actuación de Leopoldo III suponen un debate histórico de mucho más alcance al que resulta comprometido aludir de pasada. Será posible un día tratarlo en toda su envergadura y quizá entonces se viera el sacrificio que consintió el monarca belga en pro de su país y las presiones a las que se vio sometido incluso por parte de los que habían sido sus aliados, presiones que probablemente tuvieron mucho que ver en su abdicación.

Por EDUARDO H. TECGLÉN

tico. Es un poco inexacto decir que la discusión en torno a Leopoldo no alcanzaba la monarquía como institución. Aparentemente, no; pero la pérdida de prestigio que hiera a un Rey vacilante hiera también a la monarquía que representa.

Nacido de esta situación, Balduino I no es invulnerable. Los catorce años largos de su gobierno han herido también su prestigio, a pesar de su continua aplicación a los problemas del país. Apenas sentado en su trono el país conoció nuevos y graves disturbios —provocados por los propuestos subsidios estatales a la enseñanza de la Iglesia—; poco después, en 1960, se enfrentó con la crisis del Congo. Y se enfrentó de tal manera que él mismo se prestó a «dar la cara» a la situación, yendo al Congo, y tuvo que soportar a pie firme el relato histórico de Lumumba acusando a los belgas de barbaries y atrocidades durante su colonización. Ni el trono ni el país resultaron indemnes de la larga, y aún no terminada, crisis congoleña. Que alcanzaba a la antigua metrópoli directamente en su economía, a pesar de los esfuerzos realizados para mantener un cierto colonialismo económico sobre el Congo —especialmente, sobre Katanga—. Al terminar el año pasado se descubrió que el Gobierno había gastado mil seiscientos millones de pesetas más de lo que el presupuesto le permitía, y este déficit va a repetirse ahora. El Gobierno ha venido gastando en los últimos veinte años unos 10.000 millones de pesetas en subvencionar las minas, que ahora se descubren como antieconómicas y hay que cerrar varias de ellas. Estos cierres han producido los recientes disturbios, en los que dos mineros han resultado

LAS DOS BELGICAS

muerdos. Es curioso recordar que en los disturbios mineros de 1950 —del 20 al 30 de julio— hubo también dos mineros muertos, y que esa sangre vertida fue la que provocó el tema para la abdicación de Leopoldo III.

Esta sangre de ahora no va a provocar la abdicación de Balduino. La corona es en estos momentos uno de los escasos temas de unidad entre los belgas. Pero ocurre que Balduino, en lugar de borrarse como su padre, se ve obligado, por el contrario, a intervenir, y a intervenir de una manera directa y clara. Su labor es imprescindible; pero, al mismo tiempo, como ya le pasó en el Congo, es el prestigio de la monarquía el que se pone en juego, y a ella le alcanzará un fracaso, si lo hay. Balduino ha escrito una carta a su Gobierno en la que en términos serenos advierte de la exasperación del pueblo e invita a sus ministros a atenuar los puntos de fricción entre los dos partidos para llegar a una solución en bien del país. Parece que muchos especialistas de derecho constitucional dudan de si el joven Rey —treinta y cinco años— tenía o no derecho de dirigirse así al Gobierno. La situación permitía escasamente a Balduino pensar en esa duda, permitirle la abstención. Sin embargo, la crisis se ha provocado. Pierre Harmel ha presentado la dimisión de su Gabinete y el Rey la aceptó y encargó a Van Acker de una «misión de información» que le proporcione los elementos de juicio necesarios para enfrentarse a la crisis con posibilidades de triunfar. Harmel es un cristiano social, de antigua familia católica, especialista en derecho fiscal, profesor de Universidad; es walón, y para entregarse a la política activa tuvo que aprender el flamenco cuando tenía cuarenta años. Su idea era realizar un «pacto de los belgas» que diera a la nación la unidad rota y crear una constitución. Pero su propio Gobierno era una catástrofe. Salido de las disparatadas elecciones de mayo, requería una dosificación muy especial para contentar a todo el mundo. Fueron precisos sesenta y cinco días para formarlo y el equilibrio sólo se logró a base de un número exagerado de ministros: 27, lo cual supone un ministro por cada 450.000 belgas. Una proporción semejante en España nos daría un gabinete de setenta ministros. El Gobierno de Harmel tenía cuatro ministros de Educación Nacional: un flamenco social-cristiano, un flamenco socialista, un walón social-cristiano, un walón socialista... Este disparate político no podía dar buenos resultados. Sin embargo, el disparate procedía de las elecciones. Los dos grandes partidos tradicionales se habían visto comprimidos en ellas por los extremistas regionales. Los liberales francófonos (walones) saltaban de 20 puestos en el Parlamento anterior a 48; el Volksunie —nacionalistas flamencos, de un extremismo que amparaba antiguos colaboracionistas y neonazis— pasaba de cinco a doce. Es decir, que Bélgica votaba más por motivos regionales que por motivos de política pura. Esta presión del regionalismo se notó también en los dos grandes partidos tradicionales. Sus propios candidatos ofrecían un programa de gobierno distinto, incluso opuesto, según se presentasen en el Norte flamenco o en el Sur walón... Las esperanzas de Pierre Harmel de introducir una serie de reformas constitucionales para tratar de soldar la desunión belga se vinieron abajo. Para



De izquierda a derecha: el duque de Baviera, el Rey Leopoldo, el príncipe Leopoldo y el Rey Balduino.



Pierre Harmel ha estado en el centro de los gravísimos conflictos recientes. Harmel es un profesor de Universidad, que pertenece al movimiento social-cristiano.

Van Acker, flamenco y socialista. Su misión «informativa» tropezó con la rotunda negativa de los católicos a aceptar un jefe de Gobierno izquierdista.



Dos Bélgica están frente a frente: el Sur walón es minero, empobrecido, intelectual. El Norte flamenco es rico, orgulloso, industrial, exportador, autoritario.



qué es «lo personal»
-donde empieza y donde termina lo personal-
cuando se habla de higiene personal

Cuando se habla de higiene, el sentido verdadero de lo personal, el único que vale para la vida corriente de cada uno, es más amplio que el que normalmente se le reconoce. Empieza, desde luego, en la higiene corporal completa, a la cual el desodorante proporciona el último toque; pero comprende además otras cosas que son, también para la higiene, como la prolongación de uno mismo.

Para servir con exactitud este concepto de lo personal, se ha creado FIRDRAK colonia DESODORANTE.



media higiene...?

¿No es un hecho cierto -aunque pocas veces se haya reflexionado sobre ello- que la más depurada y perseverante higiene corporal supone en muchas circunstancias una atención casi inútil, un esfuerzo sin compensación? Esto ocurre con frecuencia: Pensemos que cuanto nos rodea o, concretando más, la ropa que vestimos, nuestro propio coche, pueden sin que en realidad tengamos nosotros la culpa, hacer que nuestra higiene personal sufra desmerecimiento.

(La ropa acumula los más varios olores y el resultado es, fatalmente, poco grato. El coche se convierte a menudo en un pequeño salón cerrado... con todas las consecuencias, empezando porque el humo y el olor del tabaco y de la gasolina parecen impregnar el tejido de la tapicería y hasta la pintura y los intersticios más inaccesibles).

3 segundos son 24 horas

FIRDRAK colonia DESODORANTE es la respuesta justa, científica, a las exigencias de la vida moderna en materia de higiene personal. Está hecho *para su higiene personal integral*, es decir: *para su higiene corporal*, (una sola aplicación por la mañana es suficiente para todo el día) y también *para la ropa*, (la que viste y la que guarda) y *para el coche*.

(¿Debemos incluir el despacho, donde se reciben tantas visitas al cabo del día? Hay quien utiliza FIRDRAK para desodorar el despacho, sobre todo si éste no es muy amplio, pero, en rigor, el uso de FIRDRAK colonia desodorante aerosol, debe limitarse a lo estrictamente personal, para lo que ha sido concebido: Su definitiva eficacia desodorante le hace insustituible para servir este concepto de higiene personal que hemos definido en sus términos reales: la higiene corporal estricta, la ropa, el coche.

el éxito de *Firdrak*

3 segundos de FIRDRAK son 24 horas de limpio frescor, de confiado bienestar. Su perfume se deja sentir discretamente y desaparece poco a poco en tanto que el *desodorante penetra y actúa a fondo sobre los microscópicos orígenes de los olores desagradables*.

La calidad concentrada de FIRDRAK permite y aconseja la economía: No abuse de la facilidad que le proporciona la presentación "Spray"; pulse brevemente el botón del atomizador. El resultado es seguro porque el aerosol se expande y alcanza a todas partes.

Firdrak colonia
desodorante
aerosol

LAS DOS BELGICAS

reformular la Constitución es preciso una mayoría parlamentaria de dos tercios y le faltaba un voto, un solo voto, para alcanzar esa mayoría. Ningún partido de la oposición se lo quiso prestar...

La «frontera de los idiomas» es grave; pero es más grave aún la diferencia de morfología económica y política que separa a los dos grupos belgas. Los flamencos del Norte son autoritarios, los walones del Sur son liberales. Es decir, que en Bélgica se reproduce en pequeña escala el viejo conflicto europeo entre germánicos y latinos. El Norte flamenco es rico, orgulloso, industrial, exportador. El Sur walón es minero, empobrecido, intelectual. En Flandes el crecimiento demográfico es superior y hay ya en Bélgica una mayoría de flamencos —cinco millones— sobre walones —tres millones—; esta diferencia aumenta sin cesar. Los walones se consideran una minoría oprimida; los flamencos creen que su superioridad económica se diluye en la administración de un país donde deben subsistir los «inútiles walones». El problema crece porque esta situación no está contenida por las «fronteras del idioma», ni por las fronteras geográficas. Hay minorías flamencas en país walón, hay minorías walonas en tierra flamenca, y esas minorías en territorio adverso lo están pasando muy mal. El bilingüismo decretado como una medida para contentar a todos ha empeorado la situación. Embajadores, ministros —hasta la Reina Fabiola— o simples aspirantes a un puesto en la administración pública han tenido que aprender «el otro» idioma. Esta cuestión no perjudica gran cosa a los flamencos, cuyas clases superiores hablan fácilmente francés, pero sí a los walones, que se ven enfrentados con un idioma germánico. En vano arguyen los francófonos que su idioma es universal y el flamenco reducido a cinco millones de personas: éstos no ceden en sus derechos.

El problema dura desde hace casi 140 años —desde la constitución del Reino de Bélgica, al romperse en dos el de los Países Bajos— y no ha cesado de crecer.

Existe, sin embargo, un «reflejo belga», una manera de ser belga, un deseo nacionalista de conservar el país. Hay incluso una relación estrecha entre las dos economías diferentes, entre las minas del Sur y las industrias del Norte, que se complementan. Las dos invasiones alemanas, las relaciones estrechas con Francia y con Gran Bretaña, han contribuido en parte a crear un «belguismo» que parecía difícil no sólo por las razones ya dichas sino por el pasado histórico —el territorio repartido entre Francia y Alemania, el dominio borgoñón, el gobierno español, la dominación austríaca y la integración en el Reino de Holanda son, a grandes rasgos, sus etapas principales— podrían alejarle de la unidad; las luchas contra estas repetidas ocupaciones, en cambio, crearon esa especie de «belguismo».

Pero parece que ahora el reflejo nacional no juega. ¿Cuál puede ser la solución? La caída de la corona no haría más que precipitar el estallido de Bélgica como nación. Pero es de temer que las dos cosas se produzcan simultáneamente. ¿Una Federación? Hay propuestas en ese sentido. Se habla de crear cuatro regiones lingüísticas: el Norte flamenco, el Sur walón, Bruselas bilingüe, una zona de habla alemana (la zona de Eupen-Malmedy; para complicar la situación, un uno por ciento de belgas son de habla alemana). Esta solución plantea igualmente numerosos problemas; y si quizá resolviera escasamente la cuestión de las lenguas, no aclararía nada las relaciones económicas de estas regiones entre sí, y el hecho de que una misma ley adoptada por el Gobierno central repercute de una manera totalmente distinta en cada región.

Aquiles van Acker, encargado por el Rey de una misión de información, se limitó (oficialmente) a tratar de aclarar las relaciones entre el Gobierno, los diez mil médicos que amenazan con ir a la huelga —los médicos se creen perjudicados por el seguro de enfermedad—, los mineros que ven cerrarse las minas sin que se les ofrezca otro trabajo de «reconversión»; pero aparte de esta solución técnica, hay que buscar otras profundas si quiere que la decisión del Rey tenga un valor de estabilidad. Van Acker es flamenco, y es socialista: ha sido cargador de puerto, ha ejercido varios oficios antes de llegar al de periodista, ha militado en el sindicalismo activo y hoy es Presidente de la Cámara de Diputados. Su intención era la de unificar de nuevo los dos grandes partidos, separados por la medicina social —los católicos favorecen a los médicos que se oponen a la asistencia gratuita en las clínicas mutualistas, que es el actual sistema, defendido por los socialistas—, pero no pudo conseguir gran cosa. Su «misión informativa» tropezó con la negativa de los católicos a participar en un Gobierno presidido por un socialista y así lo explicó al Rey. La decisión de Balduino fue la de encargar de formar Gobierno a P. W. Segers, que era ministro Coordinador de Asuntos Sociales, Segers es católico y flamenco —de Amberes—; le apoyan los sindicatos cristianos. A pesar de la dificultad de su misión, ha aceptado el encargo del Rey.

E. H. T.

¿Cuánto pagaría por no tener que limpiar el interior?



Pues, por mucho menos **NETOL-WC** hará esa "faena" que a Ud. tanto le fastidia.

Sólo con esparcir un poco de NETOL-WC en el interior del W.C. —cada noche—, lo tendrá limpio, **muchísimo más limpio** y desinfectado.

Emplece hoy mismo a usar NETOL-WC, y se olvidará de como ha tenido que limpiarlo hasta ahora.

NETOL-WC limpia hasta los rincones que, con la escobilla no se alcanzan jamás.



NETOL WC

**DESINCRUSTA
DESINFECTA y
DESODORIZA
mientras actúa**